

EL MENSAJE DE MARTE

La exitosa finalización de la misión a Marte de la NASA en 2008, indicada por el aterrizaje sin problemas del vehículo espacial Zeus IV en la Base Edwards de la Fuerza Aérea de Estados Unidos, en California, significó un gran triunfo para la Agencia. Durante la década de los noventa, después del fracaso del proyecto Transbordador Espacial, todo el futuro de la NASA estuvo en peligro. La falta de interés del público norteamericano en el programa espacial, unida a los inquietantes acontecimientos políticos que tenían lugar en el antiguo bloque de la Unión Soviética, habían conducido al Congreso a recortar el presupuesto para la astronáutica. Los sucesivos presidentes de Estados Unidos estaban demasiado ocupados en la tarea de equilibrar la balanza de pagos nacional y hacía tiempo que sus consultores científicos insistían en que la exploración del universo podía realizarse de forma mucho más económica mediante vehículos no tripulados.

Pero los directores de la NASA siempre habían sabido que la exploración científica del espacio era una parte pequeña del motivo de subsistencia de la agencia. Los vuelos tripulados eran los únicos que podían estimular la imaginación el público y garantizar los ingentes fondos necesarios para hacerlos realidad. El alunizaje exitoso del Apolo, en 1969, probó que el camino hacia el corazón espiritual de Estados Unidos podía asfaltarse con dólares, pero hacia el año 2000 ese camino parecía cerrado para siempre. En su lucha para mantener viva la agencia, los directores de la NASA se vieron reducidos a la realización de la cartografía satelital de las zonas áridas del Medio Oeste, con la perspectiva de ser absorbidos por el Departamento de Agricultura.

Sin embargo, en el último minuto, la agencia fue salvada y dotada de fondos suficientes para emprender su misión más importante hasta la fecha. El anuncio, realizado en Pekín el 1 de enero de 2001, de que una nave espacial china había aterrizado en la Luna, produjo una oleada de inquietud a lo largo de la nación estadounidense. Es cierto, la bandera de Estados Unidos había sido izada en la Luna más de treinta años antes, pero ese acontecimiento ya pertenecía a un milenio anterior. ¿Estaría este milenio dominado por los pueblos del lado asiático de la cuenca del Pacífico, quienes invertirían sus inmensos superávits económicos en proyectos espectaculares que estimularían la imaginación de los habitantes del planeta durante el siglo que comenzaba?

Mientras se transmitían a todas las pantallas de televisión del mundo las imágenes de los cosmonautas chinos posando junto a su vehículo espacial en forma de pagoda, El Templo de la Levedad, llegó la noticia de que una tripulación espacial indonesia y una sonda no tripulada coreana pronto alunizarían junto al vehículo chino.

Acicateado por todo este movimiento, un presidente Quayle que ya no se veía somnoliento dirigió un discurso a ambas cámaras del Congreso. En cuestión de semanas se asignó a la NASA un fondo de emergencia de varios miles de millones de dólares, con la orden de dar comienzo a un programa espacial intensivo que ignorara la Luna y pusiera a un estadounidense en Marte antes del final de la década.

Como siempre, la NASA asumió con coraje el reto representado por el dinero de los contribuyentes. Se reclutó un ejército de ancianos ingenieros espaciales, traídos de sus hogares de retiro en Florida. Se introdujo a cincuenta pilotos de pruebas civiles y militares en un programa de entrenamiento de astronautas. Al cabo de dos años, el Zeus I, prototipo no tripulado de los enormes vehículos espaciales que más tarde transportarían a una tripulación de cinco cosmonautas, despegababa estruendosamente desde Cabo Cañaveral en un viaje de reconocimiento de seis meses de duración. La nave circundó el Planeta Rojo una docena de veces e inspeccionó la probable zona de aterrizaje antes de regresar, con éxito, a la Tierra.

Tras dos vuelos no tripulados más —en 2005 y 2006— en noviembre de 2007 fue lanzada la astronave Zeus IV, hecho que garantizó una arrolladora victoria electoral del presidente Quayle en su tercer período presidencial, y que los cinco astronautas saludaron desde la cabina de mando de su nave espacial. Para entonces, los programas lunares chino, indonesio y coreano habían quedado en el olvido. Los ojos del mundo estaban fijos en la Zeus IV y pronto sus cinco tripulantes se hicieron más famosos que cualquier superestrella de Hollywood.

La NASA había escogido, prudentemente, una tripulación internacional encabezada por el coronel Dean Irwin, de la Fuerza Aérea de Estados Unidos. El capitán Clifford Horner y el comandante John Merritt eran antiguos pilotos de pruebas del Ejército y la Marina estadounidenses respectivamente, pero el equipo se completaba con una médica rusa, la coronel Valentina Tsarev, y un especialista en informática japonés, el profesor Hiroshi Kawahito.

Durante los dos meses que duró su viaje a Marte, las peculiaridades, así como las personalidades de los cinco astronautas se volvieron algo tan familiar para el público como las caras al otro lado de la mesa del desayuno. La Zeus IV era la nave espacial de mayor tamaño jamás lanzada y tenía las dimensiones de un submarino nuclear. Sus grandes salas de control y sus cabinas de observación, las instalaciones de la tripulación, así como la capilla no

confesional (si se convenía un matrimonio, el coronel Irwin estaba autorizado para celebrarlo) recordaban felizmente a los telespectadores a la astronave Enterprise, de la serie de televisión *La conquista del espacio*, que aún se emite sin parar en un centenar de cadenas televisivas. El público se enganchó rápidamente a la presencia sosegada y digna del coronel Irwin, el humor socarrón del capitán Horner, la alegre voz de ordenador del voluble japonés y la maternal, aunque a veces coqueta, doctora Valentina. Millones de espectadores acudieron en su apoyo cuando la Zeus IV atravesó una inesperada tormenta de meteoritos, pero el casco ultraduro de cerámica y fibra de carbono, un producto secundario de la industria más avanzada de carrocerías para tanques, demostró ser más resistente aun de lo que sus diseñadores habían esperado. Los paseos espaciales para inspeccionar la nave parecían ballets con elegantes coreografías —cosa que eran, por supuesto, al igual que toda la actividad que se mostraba a la audiencia— y confirmaron al público que la humanidad había entrado finalmente en la segunda era espacial.

Dos meses después del despegue desde Cabo Cañaveral, la Zeus IV aterrizó en Marte, cuya presencia lúgubre había acechado a la nave de forma cada vez más ominosa en las semanas anteriores. Los apagones radiales causados por el campo magnético del planeta, y hábilmente orquestados por los especialistas en RR.PP. de la NASA, causaron estremecimiento y pánico entre la audiencia. Sin embargo, el aterrizaje fue todo un éxito que se celebró con el izamiento de la Barras y Estrellas, a la que siguió la bandera de Naciones Unidas. Al cabo de una hora, la tripulación de la Zeus IV tocaba el suelo marciano; de pie junto a su nave espacial, entonaban su cuidadosamente ensayado «Himno a la era espacial». A partir de ese momento, ningún miembro del Congreso se atrevió a negarle nada a la NASA.

Durante las siguientes seis semanas el interés público en la misión a Marte se mantuvo por las nubes, sostenido por la cuidadosa atención que prestó la NASA a las necesidades emocionales de la audiencia mundial. Se mostraba la vida dentro de la nave espacial como un cruce entre una comedia de situación televisiva y un curso básico de astronáutica. La tripulación se prestó con tolerancia a estas parodias. Se vio cómo la doctora Valentina reemplazaba un empaste de la boca del comandante Merritt y cómo el profesor Kawahito, galán de mil millones de espectadores asiáticos, ganaba un durísimo torneo de ajedrez a los ordenadores de a bordo de la Zeus IV. Hasta hubo romance en el ambiente cuando la doctora Valentina dejó la puerta de su camarote seductoramente entreabierta. Las cámaras de televisión seguían a la tripulación cuando salía en sus vehículos a explorar los mares fósiles marcianos, en busca de muestras de las rocas y la atmósfera locales.

Cuando promediaba la misión, la tripulación mostró una leve impaciencia con los papeles que les habían impuesto en los medios, algo que los psicólogos de la NASA atribuyeron a una mayor madurez personal, producto de cierto sentimiento de sobrecogimiento planetario. Para que recordaran la

Tierra, se instó a los astronautas a mirar episodios de *Dallas*, *Dinastía* y *Los Picapiedra*, así como a participar en una serie de entrevistas con el presidente Quayle en el Despacho Oval. Con todo, sus ánimos iban mejorando a medida que se acercaba el día del regreso. Cuando la Zeus IV despegó de la superficie marciana, toda la tripulación estalló de forma espontánea en un «viva» que no estaba en el guion, hecho en el que algunos observadores advirtieron un tono irónico.

Ignorando esta frivolidad espontánea, la NASA planeó un exuberante recibimiento en la base aérea Edwards, lugar de aterrizaje previsto para la Zeus IV. Estarían presentes todos los gobernadores y miembros del Congreso de Estados Unidos, además del presidente Quayle, los jefes de Estado de treinta países y una multitud de celebridades del mundo del espectáculo. Un programa interminable de presentaciones en los medios esperaba a los astronautas: habría desfiles triunfales, seguidos de una gira mundial de seis meses de duración. La NASA ya había designado compañías de agentes literarios y expertos en relaciones públicas para mirar por los intereses comerciales de los astronautas. Hubo patrocinios deportivos, contratos por libros y consultorías muy bien pagadas. La noticias de estos convenios se transmitían a la tripulación que venía de regreso a casa, cuyos miembros parecían satisfechos por el interés que su logro había despertado, sin saber que cada vez que aparecían en las pantallas, sus imágenes iban acompañadas por los totales en efectivo consignados a cada uno de ellos. Dos días antes del aterrizaje de la Zeus IV, la NASA anunció que tres grandes estudios de Hollywood colaborarían en la realización de la película más costosa de todos los tiempos, donde los astronautas actuarían de sí mismos en una fiel representación de su viaje marciano.

Así pues, a las 15:35 del 29 de abril de 2008, la Zeus IV apareció en el cielo de California. Acompañada por seis aeronaves de seguimiento, la astronave realizó su descenso, y un perfecto aterrizaje, guiada por sus ordenadores de a bordo, a menos de cincuenta metros del palco del presidente Quayle. El pasmado silencio fue quebrado por un gigantesco viva cuando dos de los astronautas aparecieron en las ventanas de observación. La multitud se apretaba hacia adelante a la espera de que se abrieran las escotillas en el instante en que acabaran los controles del aterrizaje.

A pesar de la calidez del recibimiento, los astronautas se mostraron sorprendentemente remisos a salir de la aeronave. Los equipos de descontaminación ya habían sido dispuestos junto a las cámaras herméticas, listos para abordar la astronave y evacuar la atmósfera del interior para su análisis en el laboratorio. Pero la tripulación había anulado todas las secuencias computarizadas y no respondía las preguntas urgentes de los controladores de tierra. Habían apagado las cámaras de televisión situadas dentro de la nave, pero se les podía ver por las ventanas de observación, aparentemente ordenando sus

camarotes y cambiándose los monos. Hubo un atisbo de la doctora Valentina en la cocina, donde parecía estar esterilizando sus instrumentos quirúrgicos. Por las tribunas se extendió el rumor de que uno de los tripulantes se había herido durante el reingreso en la atmósfera, pero pronto se supo que la doctora Valentina, sencillamente, estaba fabricando jabón. Más extraño todavía, se vio al profesor Kawahito colocar seis tableros de ajedrez paralelos, como si se estuviera preparando para otro torneo contra la nave.

Llegado este punto, una hora después de su llegada, la tripulación pasó a un estado de enfado, a juzgar por las caras que se veían contra las ventanas de observación, y las persianas interiores se cerraron abruptamente. Este gesto desdeñoso inquietó aún más a la muchedumbre, y el personal de tierra intentó forzar la escotilla principal. Cuando esta tentativa falló, el director del equipo de recuperación de colisiones de la NASA comenzó a golpear las cerraduras con un bate de béisbol que tomó prestado a un joven que estaba sentado sobre los hombros de su padre. Se oyeron los primeros silbidos y abucheos de la multitud, que empujó las torres de metal sobre las cuales aguardaban impacientes los equipos de la televisión. Un camarógrafo resbaló y cayó a través del techo de un autobús aparcado. Los altavoces atronaban absurdamente sobre las cabezas de más de un millón de espectadores, sentados en sus coches alrededor del perímetro del campo de vuelo. Los jefes de Estado, diplomáticos y generales consultaban sus relojes, mientras el presidente Quayle, hacía involuntarios movimientos de *putting* con el micrófono portátil que llevaba en las manos y su edecán militar, que llevaba el maletín con los códigos de lanzamiento nuclear le hacía inquietantes gestos para que se aproximara. Los abucheos de la muchedumbre solo fueron ahogados por un escuadrón de aviones de reacción que sobrevoló la base a baja altura, liberando franjas de humo rojo, blanco y azul. La torre de control transmitió una frenética orden de retirada y el vuelo de la victoria acabó en una confusión al regresar los pilotos a sus puntos de reunión en el cielo dejando detrás un delirio de humo sobre la Zeus IV.

Finalmente, volvió la calma cuando una compañía de la policía militar se situó alrededor de la nave espacial y obligó a la muchedumbre a colocarse detrás de los palcos VIP. Encabezados por el presidente Quayle, los dignatarios dejaron sus asientos y se encaminaron velozmente, por la alfombra roja, hacia las tiendas donde se ofrecía el refrigerio. Las cámaras de televisión enfocaron sus lentes en la Zeus IV, a la espera del menor signo de movimiento.

Cuando cayó la noche, los espectadores que estaban fuera del perímetro del campo de vuelo comenzaron a dispersarse. Potentes lámparas de arco bañaban con su luz la nave espacial, y durante la noche se realizó un nuevo intento de contactar a la tripulación. Pero ni los mensajes en clave Morse, tamborileados sobre el casco, ni los rayos láser dirigidos a las veladas ventanas de

observación obtuvieron respuesta alguna. No se oía ningún sonido procedente del interior de la nave, como si la tripulación se hubiera acomodado ya para pasar la noche, y cientos de teorías comenzaron a circular entre los jefes de la NASA y los equipos de médicos y psiquiatras convocados en su auxilio.

¿Podía ser que los astronautas estuvieran en la etapa final de una enfermedad letal contagiosa? ¿Quizás un parásito alienígena había invadido su cerebro? ¿El viaje los había dejado demasiado cansados, desde el punto de vista emocional, como para afrontar la recepción que les aguardaba, o habían sido invadidos por una sensación de humildad tan intensa que solo ansiaban el silencio y el anonimato? ¿Acaso una consecuencia imprevista de la dilatación del tiempo los había regresado psicológicamente a las horas o días previos a su aterrizaje físico? ¿Habían muerto, tal vez, en un sentido espiritual, o estaban montando un motín por motivos propios?

Circundados por las tribunas vacías y los silenciosos banderines, los jefes de la NASA tomaron una decisión. Una hora antes del amanecer, dos lanzas térmicas arremetieron contra las placas resistentes al calor de la astronave. Pero el casco de cerámica de carbono de la Zeus IV había sido forjado a temperaturas muy superiores de las de una lanza térmica.

La única solución era una explosión controlada, a pesar del peligro que eso representaba para la tripulación encerrada en la nave. Pero, cuando el escuadrón de demolición colocaba las cargas en la escotilla ventral, la persiana de una de las ventanas de observación se abrió por primera vez. Capturados por las cámaras, los rostros del coronel Irwin y el comandante Merritt observaron las bombas lapa, los detonadores y los cables de los iniciadores. Miraron sosegadamente a los funcionarios de la NASA y a los ingenieros que les dirigían gestos y sacudían negativamente las cabezas, y rechazaron el mundo con un breve ademán de la mano, antes de cerrar la persiana por última vez.

Huelga decir que la NASA no permitió que nada de esto se filtrara al público en general, y declaró que la tripulación había enviado una alerta sobre los posibles riesgos de una virulenta enfermedad interplanetaria. Los voceros de la NASA confirmaron que se había dado a los tripulantes la orden de permanecer aislados hasta que el misterioso virus pudiera ser identificado y destruido. La Zeus IV fue enganchada a un tractor y trasladada a un hangar vacío, en un rincón distante de la base aérea, lejos de las cámaras de televisión y de los miles de curiosos que aún acampaban alrededor de la valla perimetral.

Durante las semanas y los meses subsiguientes, varios equipos de ingenieros y psicólogos, astrofísicos y clérigos, intentaron liberar a la tripulación de su prisión autoimpuesta. Desde el inicio se dio por supuesto que la inmola-ción de los astronautas era del todo voluntaria. No obstante, un guardia armado, apoyado por dispositivos electrónicos de seguridad, mantenía el vehículo espacial bajo estrecha vigilancia. Debajo de la nave se colocó un sistema

de básculas para controlar el peso de la Zeus IV de forma continua y así conocer al instante cualquier intento de fuga.

Pero el peso de la astronave se mantuvo constante y nunca fluctuaba más allá del peso del polvo que se acumulaba sobre el casco. En todos los sentidos, la Zeus IV era un mundo sellado herméticamente, inmune a toda presión interna o externa. Una explosión controlada lo bastante potente como para partir el casco rajaría también los motores y diseminaría el combustible nuclear de la nave, lo que provocaría protestas políticas en todo el mundo y condenaría a la NASA para siempre. No había ninguna forma de reducir a la tripulación por el hambre: teniendo en cuenta la posibilidad de que la Zeus IV pasara de largo su punto de encuentro con Marte y se perdiera en el espacio exterior para siempre, se había subido a bordo una provisión de doscientas toneladas de alimentos, suficiente para mantener a la tripulación durante cuarenta años. El aire, el agua y los desechos humanos de los astronautas se reciclaban, y había bastantes episodios de *Dallas* en la videoteca como para entretenerlos durante toda la eternidad.

En realidad, la Zeus ya no necesitaba de la Tierra, y los funcionarios de la NASA reconocieron que solo los medios psicológicos podrían persuadir a la tripulación de abandonar su nave. Supusieron que una profunda crisis espiritual había afectado a los cosmonautas y que hasta que esta se resolviera la principal tarea de los rescatadores era establecer algún canal de comunicación.

Así comenzó una larga sucesión de ardidés y estratagemas. Ni los desconcertados ruegos de los parientes, cuyos rostros empapados en lágrimas se proyectaban sobre el techo del hangar, ni las oraciones de los clérigos, ni el ofrecimiento de ingentes sobornos en efectivo, ni los llamamientos al patriotismo, ni siquiera la amenaza de la cárcel consiguió una sola reacción de los astronautas. Al cabo de dos meses, cuando la curiosidad pública aún se mantenía viva, los equipos de la NASA admitieron para sí mismos que era probable que la tripulación de la Zeus IV no hubiera oído todas esas amenazas y promesas.

Mientras tanto, un impaciente presidente Quayle, consciente de ser el blanco de los caricaturistas y los comediantes de la televisión, exigió acciones más contundentes. Ordenó que se emitiera música pop a todo volumen contra el casco de la astronave y, más aún, que la inmensa nave fuera balanceada con violencia de un lado a otro hasta que la tripulación entrara en razones. Ese régimen se puso en práctica, pero fue interrumpido al cabo de dos horas, en parte por su absoluta insensatez y en parte por temor a dañar los reactores nucleares.

Un sector más reflexivo de la opinión era consciente de que, si la humanidad pretendía vivir de forma permanente en el espacio, la crisis que afligía a la tripulación de la Zeus ameritaba por sí sola una cuidadosa investigación.

En consecuencia, se invitó a la base Edwards a un destacado teólogo, quien inspeccionó el claustrofóbico hangar en el cual la Zeus había sido arrumbada, amarrada como Gulliver mediante cables y sensores acústicos. Se preguntó por qué la tripulación se había molestado en regresar a la Tierra, sabiendo lo que probablemente les esperaba, cuando podrían haberse quedado para siempre en los vastos y vacíos paisajes de Marte. Al regresar, arriesgaba el estudioso, estaban expresando algo importante y reconocían que aún consideraban que su lugar estaba entre la raza humana.

Se inició, por ende, una paciente vigilia. Las cámaras ocultas vigilaban la nave, atentas a cualquier indicio de movimiento en el interior, y unos sensores electrónicos captaban hasta la menor actividad de la tripulación. Al cabo de otros tres meses, se había determinado con certeza la pauta diaria de la vida dentro de la Zeus IV. Los miembros de la tripulación nunca hablaban entre sí, salvo cuando llevaban a cabo los controles de mantenimiento diarios de los sistemas de la astronave. Todos hacían ejercicio de forma regular en el gimnasio, pero el resto del tiempo lo pasaban en sus camarotes individuales. No se escuchaba música y jamás encendían la radio ni la televisión. Por lo que se sabía, pasaban sus días durmiendo, meditando y orando. La temperatura se mantenía estable a veinte grados centígrados, y el único sonido constante era el de la circulación de aire.

Después de seis meses, los psiquiatras de la NASA llegaron a la conclusión de que la tripulación de la Zeus IV había sufrido un colapso mental traumático —probablemente a consecuencia de la falta de oxígeno— y que ahora se encontraba en estado vegetativo. Los parientes protestaron, pero el interés del público empezó a decaer. El Congreso rehusó asignar recursos para la realización de otras misiones Zeus y la NASA se comprometió a regañadientes a un futuro de vuelos espaciales no tripulados.

Pasó un año. Y otro. La pequeña guardia y el equipo de comunicaciones, incluidos un psicólogo y un clérigo aún vigilaban la Zeus. Los monitores grababan hasta los movimientos más débiles de la tripulación y las pautas de su vida cotidiana, que habían quedado establecidas pocas horas después del aterrizaje. Un análisis computarizado de la forma de caminar que identificaba a cada cosmonauta reveló que mantenían habitaciones individuales y que rara vez se reunían, aunque participaban en las tareas de mantenimiento.

Así pues, los astronautas languidecían en su mundo crepuscular. Un nuevo presidente y el paso de las décadas condujeron al público a olvidarse de la Zeus IV. Se suponía que su tripulación —cuando se la recordaba— se recuperaba en alguna institución secreta del gobierno. En 2016, ocho años después de su regreso, hubo un frenesí de actividad cuando un oficial de seguridad desquiciado encendió un gran fuego bajo la nave, en un intento de hacer salir a la tripulación con el humo. Cuatro años más tarde, un telépata de

Hollywood afirmó que estaba en contacto con los astronautas e informó de que habían encontrado a Dios en Marte y que habían jurado mantener en silencio el trágico destino que aguardaba a la humanidad.

En 2015 los cuarteles generales de la NASA, en Houston, fueron alertados por una ligera pero repentina disminución del peso total de la Zeus: las básculas indicaban la desaparición de 77,11 kilogramos. ¿Acaso la astronave se estaba preparando para despegar utilizando algún dispositivo antigravitatorio que la tripulación había construido a lo largo de los diecisiete años que llevaban en la Tierra? Sin embargo, el análisis de los patrones de los pasos de la tripulación confirmó que solo quedaban cuatro astronautas a bordo. Faltaba el coronel Irwin, lo que suscitó una búsqueda exhaustiva por toda la base Edwards. Pero el análisis de los sedimentos orgánicos de los gases liberados por una de las ventilaciones de la nave reveló lo que algunos ingenieros ya habían sospechado. El coronel Irwin había muerto a los sesenta y dos años, y sus restos habían sido vaporizados y devueltos a la atmósfera. Cuatro años más tarde, fue seguido por el japonés, el profesor Kawahito, con lo que la Zeus bajó otros 59,89 kilogramos. Ahora, la provisión de alimentos a bordo de la Zeus duraría más que las vidas de los tres tripulantes supervivientes.

En 2035, disolvieron la NASA y sus funciones fueron asignadas a las universidades, inmensamente ricas, que llevaban adelante sus propios programas espaciales. La Zeus IV fue ofrecida al Instituto Smithsonian de Washington, pero el director declinó la donación con el argumento de que el museo no podía aceptar exhibiciones que incluyeran organismos vivos. Hacía tiempo que la Fuerza Aérea de Estados Unidos deseaba cerrar la base Edwards y la responsabilidad de esa vasta extensión desierta pasó a manos del Servicio de Parques Nacionales, ávido de supervisar una de las pocas zonas de California que aún no habían sido cubiertas con barrios de casas adosadas idénticas las unas a las otras. Ya hacía mucho que los guardias armados apostados alrededor de la Zeus se habían marchado y dos oficiales de campo supervisaban los antiguos instrumentos que todavía vigilaban la nave espacial.

El capitán Horner murió en 2040, pero el hecho pasó desapercibido hasta el año siguiente, cuando un técnico aburrido clasificó las cintas acústicas obtenidas y realizó un análisis informático con los datos de las pisadas de los tripulantes y los pesos totales la nave.

La noticia de esta muerte, mencionada únicamente en el informe anual del Servicio de Parques Nacionales, llegó a oídos de un empresario de Las Vegas que ya había abierto los antiguos campos de pruebas atómicas de Nevada al negocio turístico, montando simulaciones de explosiones de bombas atómicas. El empresario alquiló el hangar de la Zeus al Servicio de Parques y organizó pequeños grupos de turistas que paseaban alrededor de la astronave, observándola mientras los exiguos patrones de pisadas de los cosmonautas cruzaban las pantallas del sónar situado en el cuarto de vigilancia.

Las visitas cesaron después de tres años de asistencia escasa, pero una década más tarde el propietario de un circo de Tijuana subalquiló el sitio para montar allí su temporada de invierno. Demolió el ya descuidado hangar y construyó un astrodromo hinchable, con una enorme pista central. Había «naves espaciales» de látex rellenas de helio que flotaban alrededor de la Zeus IV y el espectáculo finalizaba con un equipo de mujeres acróbatas que, con sus pechos desnudos, ascendían en masa por el inmenso vehículo.

Cuando se retiró la cúpula hinchable, la Zeus IV quedó bajo las estrellas, junto a una pequeña cabaña en la que un único técnico del Servicio de Parques vigilaba de forma errática las pantallas de ordenador, una hora al día. Para entonces la astronave estaba tapizada de grafitis y lemas obscenos, así como de las iniciales de miles de turistas que hacía tiempo habían desaparecido. Con su tren de aterrizaje hundido en la arena del desierto, la nave recordaba a una locomotora de vapor del siglo XIX, y muchos transeúntes suponían que lo era.

Bajo sus alerones se refugiaban vagabundos y hippies, y en una época la nave fue incorporada a un pequeño barrio de chabolas. Años más tarde, un predicador del desierto atrajo una modesta afición al afirmar que el Mesías había hecho su Segunda Venida y estaba atrapado dentro de la Zeus. Otro cabecilla de una secta aseveraba que era el Demonio quien había hecho de aquella antigua estructura su casa. Los barrios de casas adosadas se acercaban cada vez más al lugar y finalmente rodearon la Zeus, que durante un breve período sirvió como hito luminoso de publicidad para una franquicia de comida rápida que fue un fracaso.

En 2070, sesenta y dos años después de su regreso de Marte, un joven estudiante de posgrado del Reino Unido construyó una estructura de acero alrededor de la Zeus y colocó sondas magnéticas de gran potencia sobre el casco. El equipo de imágenes computarizadas —confiscado, posteriormente, por el Gobierno de Estados Unidos— reveló el interior silencioso y escalofriante de la astronave, sus cabinas de vuelo y sus pasillos vacíos.

Una pareja de ancianos, el comandante John Merritt y la doctora Valentina Tsarev, ya octogenarios, estaban sentados en sus pequeños camarotes, con las manos plegadas sobre sus regazos. Junto a sus sencillos lechos no había libros ni adornos. A pesar de su extrema vejez, ambos estaban muy alertas, limpios y razonablemente bien alimentados. Más misterioso aún, sus ojos brillaban continuamente con una inteligencia astuta y divertida.

1992